

PABLO GERCHUNOFF
LUCAS LLACH

EL CICLO DE LA ILUSIÓN
Y EL DESENCANTO

*Un siglo de políticas económicas
argentinas*

Ariel

338.9 Gerchunoff, Pablo
GER El ciclo de la ilusión y el desencanto / Pablo
Gerchunoff y Lucas Llach.- 1ª ed.- Buenos Aires :
Ariel, 2003.
536 p. ; 23x15 cm.-
ISBN 950-9122-79-3
I. Llach, Lucas II. Título - 1. Política Económica

A Susi, Santi y Rafa.
P. G.

A Dolores.
L. LL.

Diseño de interior: Orestes Pantelides

© 1998, 2003, Pablo Gerchunoff, Lucas Llach

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo:

© 1998, 2003, Grupo Editorial Planeta / Ariel
Independencia 1668, C 1100 ABQ, Buenos Aires

1ª edición: 2.000 ejemplares

ISBN 950-9122-79-3

Impreso en Industria Gráfica Argentina,
Gral. Fructuoso Rivera 1066, Capital Federal,
en el mes de mayo de 2003.

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

va Argentina" donde los frutos de la tierra no serían ya tan importantes. En 1924 aseguraba:

Debemos convencernos, señores, que ésta es la última generación de importadores y estancieros. En la próxima generación, la de nuestros hijos, el predominio será de los grandes industriales.¹⁹

Julio Olivera escribía en el mismo año:

En la crisis... que se producirá antes de 1928, ¿quién dirigirá la revolución? Tal vez algún Altamirano del ejército argentino. Quizás un innominado marxista. Pero sea negra o roja la enseña que pretenda enarbolar en la Casa del Gobierno, los males argentinos traídos por el retraso del fomento industrial serán acentuados. Y será para mayor desventura de la patria.²⁰

De todos modos, estas demandas eran, como el mismo Bunge reconocía más tarde, prédicas en el desierto. Todavía dominaba entre la clase dirigente una preferencia poco cuestionada por el "método indirecto" de obtención de bienes manufacturados. Luis Duhau, presidente de la Sociedad Rural a fines de los años 20, sostenía:

Con una determinada cantidad de granos exportada al mercado británico, por ejemplo, puede (el país) conseguir en ese mercado una determinada cantidad de tejidos... El costo indirecto de esos tejidos para nosotros, no es otra cosa que lo que nos ha costado producir los granos con que los obtuvimos en cambio. Si quisiéramos fabricar esos tejidos en nuestro país, incurriríamos en un costo mucho más alto que el costo de esos granos. Y si no obstante ello, insistiéramos en producir directamente esos tejidos, a pesar de poderlos conseguir más baratos por medio de un proceso de producción indirecta, nos veríamos en esta situación originalísima y singular: que nos habríamos propuesto producir una cantidad máxima de artículo, para aumentar nuestro bienestar y, sin embargo, estaríamos produciendo una cantidad inferior. Inferior, a todas luces, puesto que podríamos producir indirectamente mayor cantidad de tejidos que la que obtendríamos directamente en nuestras industrias protegidas.²¹

Los dichos de Duhau no son ni más ni menos que una exposición de los principios clásicos del libre comercio. Es que, además de los intereses privados afectados por la política económica, estaban en juego las convicciones más profundas acerca de si un mercado librado a su propio arbitrio es capaz de organizar la producción de la mejor manera. Del tiempo verbal empleado en las citas a Bunge y a Olivera se desprende que las preocupaciones de los que criticaban el *statu quo* se concentraban sobre to-

en el efecto de una determinada estructura de producción sobre el comportamiento futuro de la economía. Entre estos temores estaban el de un contexto mundial de políticas proteccionistas, perjudiciales para un país muy dependiente de su comercio, y la percepción de que las posibilidades de seguir creciendo sobre la base de la agricultura y la ganadería eran mínimas, ya que el área dedicada a la explotación agropecuaria estaba irremediablemente estancada.

Una política económica que impulsara la industrialización implicaba también un realineamiento internacional. Confiar en una economía más cerrada significaría depender menos tanto de las exportaciones a Inglaterra como de las importaciones de ese país. Por otro lado, se estimularía con ello la inversión directa de capitales extranjeros (sobre todo, norteamericanos) en los sectores industriales emergentes. Así, en tanto y en cuanto se avizorara la consolidación de Estados Unidos como nación líder, abogar por el desarrollo de la industria era también favorecer, voluntariamente o no, un acercamiento al más poderoso.

La teoría de la demora juzga las políticas económicas con una vara que pertenece a otro tiempo. Siempre es un ejercicio tentador calificar las políticas económicas del pasado conociendo ya las sorpresas que contemporáneamente entreteje la historia. Una vez vistos los catastróficos efectos de la Gran Depresión sobre la economía argentina, no es difícil encontrar diversos aspectos del funcionamiento económico de los años 20 que hicieron poco para enfrentar la crisis con cierto éxito. La ausencia de políticas de industrialización no es la única. El bajo nivel de ahorro nacional, la excesiva dependencia del mercado inglés y los problemas fiscales fueron todas herencias que les pesaron a los gobiernos posteriores a 1930. El advenimiento de la Gran Crisis en el año 1929 sería un golpe mortal para la organización económica que, con matices, había funcionado con éxito desde 1880. A la luz de esos acontecimientos, un enviado del futuro seguramente aconsejaría a los dirigentes de los años 20 una mayor determinación, si es que hubo alguna, en los esfuerzos por alcanzar un crecimiento más balanceado. Como cualquier hecho inesperado, sin embargo, la Gran Crisis encontró sus profetas cuando ya era demasiado tarde. No la predijo Keynes, y el más famoso entre los economistas norteamericanos de entonces, Irving Fisher, imaginaba, a pocos meses del crac, un futuro brillante.

Aceptando que la crisis era imprevisible, no puede saberse si hubo mala política. Más allá de la reforma arancelaria de 1923, los gobiernos radicales de los años 20 no modificaron el estado de cosas. Al menos en los problemas cruciales de la economía, dejaron hacer, dejaron pasar. ¿Era de todos modos inevitable el derrumbe definitivo del sistema que había mon-

tado con éxito la Generación del 80? Y en ese caso, ¿había en la década del 20 signos perceptibles que anunciaran ese derrumbe? Sólo un gobierno de sabios más ilustrados que Keynes y Fisher podría haber profetizado la crisis que se avecinaba. Pero debía ser también un gobierno de ángeles para trastocar, con el único objetivo de prevenir turbulencias futuras, los fundamentos de un progreso que todavía marchaba a paso firme.

CAPÍTULO III

LA POLÍTICA ECONÓMICA EN TIEMPOS DE CRISIS (1929-1940)

EL RETORNO DE LA VIEJA POLÍTICA

Si Hipólito Yrigoyen debió enfrentar agudos problemas y una férrea oposición durante su primera administración (1916-1922), mucho más franco fue el enfrentamiento entre el gobierno y sus críticos durante su breve segunda presidencia (1928-1930). Tras el manso período de Alvear, bendecido por años de bonanza económica y calma política, Yrigoyen volvió al poder con un masivo apoyo en la opinión pública, que tardaría poco en menguar, tanto que su forzada caída no fue un acontecimiento del todo impopular.

La crisis de este tercer gobierno radical se debió tanto a errores propios como a culpas ajenas. En primer lugar, el presidente era ya un "viejo caudillo", un hombre bordeando los ochenta años de quien no podían esperarse las energías que durante décadas había mostrado en la lucha por la ampliación de la democracia y el sufragio. El Poder Ejecutivo pronto se contagió de la inacción de su jefe, y se mostró impotente ante una oposición creciente. Si bien el radicalismo ganaría todavía la elección de renovación parlamentaria en 1930, la diferencia de votos entre oficialismo y oposición sería en esa oportunidad mucho menor que en la elección presidencial de dos años atrás, cayendo de 300.000 a menos de 10.000. El desgaste del gobierno fue acentuándose con la impiadosa prédica de socialistas independientes (un desprendimiento del socialismo que formaría parte de la coalición de gobierno de Justo) y, en menor medida, de demócratas progresistas, socialistas e incluso comunistas. En los periódicos y las universidades, la censura a la administración de Yrigoyen no era menor. El clima de convulsión ideológica alentado por experiencias antidemocráticas en Europa era el menos adecuado para